

grande, para obedecerme pasivamente? Advertid que vuestro interés os obliga á ello, y que vuestros pecados no pueden ser redimidos más que con esa condición.

El abate quiso responder, pero el obispo le detuvo.

— Reflexionad antes de contestar, le dijo; ved francamente á lo que os comprometéis, y no contestéis más que si os sentís con fuerzas para cumplir vuestra promesa.

— Donde vos me digáis que vaya, iré; como me digáis que me conduzca, me conduciré, contestó el abate con una voz segura y después de un momento de reflexión.

— Está bien, dijo el obispo levantándose. En saliendo de casa de la mariscala de Lamothe-Houdón, venid á la mía y os daré las instrucciones necesarias.

— Y yo juro llenarlas á vuestra satisfacción, monseñor, dijo el abate inclinándose.

En este momento la marquesa volvió á entrar, y después de saludar respetuosamente al obispo condujo al abate á la casa de la mariscala de Lamothe-Houdón.

CAPÍTULO XXIV.

EN QUE SE VUELVE Á ENCONTRAR Á LA PRINCESA RINA
DONDE SE LA HABÍA DEJADO.

Os acordaréis, y si no os acordáis, os suplicamos humildemente llaméis en vuestro auxilio á la memoria, queridos lectores, de la admirable circasiana tan vagamente descrita por nosotros y por lo tanto poco comprendida por vosotros, á quien hemos llamado la princesa Rina Tchouwadiesky,

mariscala de Lamothe-Houdón, y á quien hemos visto perezosamente recostada en una noche crepuscular sobre los blandos almohadones de su otomana, pasando la vida en un continuo ensueño, paladeando á la manera de los genios persas las conservas de rosas, ó á veces entretenida maquinalmente con los profundos granos de su tchotky.

En el azulado cielo de París, en que su marido, el mariscal de Lamothe-Houdon, era uno de los más brillantes planetas, la princesa Tchouwadiesky apenas había sido descubierta por la atrevida mirada de los parisienses como una estrella dulce, vaga, confusa y de color de violeta.

Largamente se había hablado de ella en el mundo elegante desde su llegada, pero lo mismo que se habla de los países fantásticos, de las willis, ó de las hadas, del ángel malo ó de los duendes.

Era necesario verla, pero en ninguna parte se la encontraba, en ningún lado se la veía; alguna que otra vez se la descubría de una manera confusa, y más bien podía decirse: en vez de verla, se la adivinaba.

Infinitos cuentos de los más extraños circulaban acerca de su persona y en cuanto á la causa de su retiro, pero cuentos desprovistos de toda razón y fundamento, cuentos engañosos, inventados á placer por los denigrantes y envidiosos charlatanes de los salones.

Pero el eco de tan malvadas murmuraciones no había podido atravesar los umbrales de los salones de la princesa, quien confiscada, ó mejor dicho, sepultada en su gabinete no traspasaba el umbral ni para respirar con más desahogo, ni para ver la luz del día.

Como nada había dicho ni ejecutado que pudiera ser advertido por los demás, tampoco podía creer ni sabia nada de cuanto los demás dijese de ella.

No recibía otras visitas que á su marido, su hija, la marquesa de la Tournelle, monseñor Coletti, su confesor, y Mr. Rappt, y aun las de este último se habían hecho menos frecuentes que en otros tiempos.

Vivia por lo tanto en una absoluta soledad, y parecía á una planta aislada que nace á bastante distancia de cuatro ó cinco arbustos, de los que no recibe ni su agradable sombra, ni su saludable perfume, ni su aliento vivificador. Se hubiese dicho al verla que nunca se fijaba ni en lo que la rodeaba, ni en el porvenir, sino solamente en lo pasado.

Los ojos de su rostro, lo mismo que los de su alma, es decir, sus pensamientos, parecían plegarse al través de inmensos espacios. Y cuando fijaba la vista en un objeto, por lejano y oculto que estuviese para los demás, parecía que todo lo descubría. Olvidaba desdeñosamente lo terrenal, abría sus alas y se elevaba adonde solamente Dios es capaz de saberlo : ; más alto que los cielos, más allá de todo lo conocido !

Representaba la indolencia, el abandono, los recuerdos y la contemplación. Vivía de sus ensueños y esperaba así el momento de su muerte, que le veía llegar de un momento á otro. Nada la detenía del mundo y todo la atraía hacia otra vida. Dios podía haberla llamado en todos los momentos de su vida, y hubiera podido contestar, porque desde largo tiempo estaba preparada para ello : Vedme aquí, Señor ; ; qué me queréis ?

Sí por otra parte se recuerda por nuestros lectores que esta joven, noble y hermosa princesa descendiente de los antiguos Knias, es decir, de la más antigua raza, se había casado con el mariscal de Lamothe-Houdón casi ignorándolo, sin que su voluntad hubiera sido consultada en lo

más mínimo, y solamente para agradar á los emperadores de Rusia y de Francia ; se comprenderá que el mariscal de Lamothe-Houdón, envejecido antes de tiempo en los campos de batalla, no estaba dispuesto ni era el más á propósito para realizar los dulces ensueños de una joven ardiente de cuerpo y de imaginación.

Pero el destino así lo había querido.

Recordamos estos detalles, porque las dimensiones de nuestro libro nos obligan á separar de la vista y quizás de la memoria de nuestros lectores ciertos personajes que representan su respectivo papel, y preciso es trazarlos aunque no sea más que á grandes rasgos en los momentos en que vuelven á presentarse.

Así se hallaba la princesa Rina cuando el conde Rappt se presentó ante ella.

El conde Rappt, joven, bello y de una mirada ardiente que podía á los ojos de una joven pasar como una manifestación de amor, había encontrado medio de rejuvenecer aquel corazón marchito y de hacer que germinasen en él las halagüeñas semillas de la esperanza.

La princesa creyó por el momento haber podido descubrir una ráfaga de amor en esta tierra prometida de las mujeres, y admitió alegremente el principio de su peregrinaje. Pero á la mitad del camino de la escarpada montaña por donde subía, comprendió el compañero de viaje con que había dado principio á su expedición, y el orgullo, la ambición, la frialdad y el egoísmo del conde se le habían dado á conocer inmediatamente, y el conde Rappt, á su entender, era un segundo marido menos bueno, menos noble, menos indulgente y más tiránico que el primero.

El nacimiento de Regina había por un instante hecho renacer una pequeña llama en las cenizas de aquel cora-

zón apagado, pero aquellos momentos sólo habían tenido la duración de un relámpago. El primer beso que el mariscal de Lamothe-Houdón había dado en la frente de la niña había estremecido á la madre hasta el fondo de sus entrañas. Su alma se había puesto en completo movimiento, y desde aquel momento la desgraciada niña se la había hecho no aborrecible, pero sí indiferente.

El nacimiento de la segunda hija, algunos años después, tampoco la produjo ninguna nueva impresión, porque su corazón se había cerrado completamente á todo.

Hé aquí la verdadera causa de su aislamiento; su retiro era un prolongado acto de contricción, mudo, íntimo, sin ruido y sin pesares.

El único confidente de aquella alma en pena era monseñor Coletti. Á él solamente le había revelado sus faltas y él únicamente había sabido su dolor reconcentrado.

Para comprender hasta qué punto había llegado en su insensibilidad, nos bastará decir á nuestros lectores que se había contentado con reprobar interiormente el matrimonio de su hija con el conde Rappt, pero sin combatir en lo más mínimo las razones que éste le presentaba para atenuar la enormidad de su crimen.

En esta resignación parece que había algo de fatalidad musulmana.

Desde aquel momento, sin hablar, sin dejar oír una sola queja, su cuerpo al mismo tiempo que su espíritu se había debilitado de día en día. Se sentía morir, y el pensamiento de su muerte no excitaba en su mente otra idea que la del recuerdo de su pasada vida.

La princesa no estaba presente en los momentos que el mariscal de Lamothe-Houdón despedía á monseñor Coletti. Aunque joven todavía, sus cabellos negros se habían

vuelto enteramente blancos; su frente, sus mejillas, todo su cutis eran de la misma blancura que los cabellos, y en tal grado, que se hubiera dicho al verlo que la máscara fúnebre de un muerto cubría ya su primitivo ser.

No encontrando medio de agradarla, nadie se ocupaba de ella más que Regina, quien por dos veces le había mandado su médico; pero la princesa se había opuesto tenazmente á recibirle. ¿Cuál era su enfermedad? nadie lo había dicho, porque nadie había tampoco llegado á saberlo, y para valernos de un término vulgar, pero que expresa perfectamente la idea, podremos decir que ella misma se consumía. Era un edificio ruinoso desde la cúspide á la base sin causa aparente de destrucción, ó una de esas palmeras de África, que se extinguen poco á poco por falta de agua que las vivifique, ó de aires húmedos que las refresquen.

En esta situación de espíritu, la princesa Rina parecía no pertenecer á la tierra, y que no pedía que se la diese vida, sino únicamente fallecer tranquilamente en sus últimos días; pero la marquesa de la Tournelle, ó más bien, monseñor Coletti, habían decidido otra cosa.

Después de haber estado el prelado en el hotel de Lamothe-Houdón y de la sustitución ideada por monseñor Coletti, quien había lanzado su flecha al mismo tiempo que huía, la marquesa se presentó en casa de la princesa, seguida del abate Bouquemont; ésta rehusó por tres veces el recibirla, diciendo que se hallaba orando y que no quería se la interrumpiese en sus rezos. Pero la marquesa no era mujer que se dejara burlar así, y contestó á la doncella mostrando al mismo tiempo un asiento al abate, y sentándose también ella misma.

— Está bien, esperaré á que la princesa haya concluido sus oraciones.

La pobre princesa se vió obligada de esta manera, por más que lo sintiera, á recibir á la marquesa y á su acompañante.

— Vengo á participaros una desagradable noticia, dijo la marquesa tomando un tono sentimental.

La princesa, recostada en su largo sillón, apenas volvió la cabeza para mirarla.

La marquesa continuó :

— Una noticia que va á llenaros de aflicción, mi querida hermana.

La princesa tampoco se movió.

— Monseñor Coletti abandona la Francia, continuó la devota con un aire desesperado, y parte para la China.

La princesa experimentó al saber esta triste noticia la misma conmoción que si hubiese escuchado decir á uno que pasase : ¡ Va á mudar el tiempo !

— Creo que vos sufriréis una parte del sentimiento que van á experimentar todos los verdaderos fieles cuando sepan que este hombre tan santo nos deja tal vez para siempre, porque á cada momento en ese país salvaje de la China va á verse expuesta á mil peligros la vida de ese mártir.

La princesa no contestó, y se limitó á mover lentamente la cabeza con el aire más indiferente.

— En su solicitud puramente paternal, continuó la marquesa sin desconcertarse, monseñor Coletti ha creído que vos tendríais necesidad ahora más que nunca de su apoyo y que éste iba á faltarnos con su ausencia.

En este instante la princesa empezó á mover su tchoky con cierta especie de fiebre, y parecía que quería transmitir la impaciencia de que estaba dominada al primer objeto que alcanzaba su mano.

— Monseñor Coletti, continuó intrépidamente Mad. de la Tournelle, ha escogido por sí mismo quien debe sucederle, y tengo por lo tanto el honor de presentaros al señor abate Bouquemont, quien en todo caso debe reemplazar dignamente al hombre santo que tiene precisión de abandonarnos.

El abate Bouquemont se levantó y saludó lo más servilmente que pudo á la marquesa. Solicitud inútil, porque la indolente circasiana se contentó con inclinar la cabeza por segunda vez, pero sin que su movimiento expresara ninguna clase de sentimiento.

La marquesa miró á su acompañante señalándole á la princesa de un modo que parecía significar :

— ¡ Qué idiota !

Y el abate alzó religiosamente los ojos al cielo pareciendo expresar :

— ¡ Que Dios tenga piedad de ella !

Después de esta religiosa invocación, volvió á sentarse, viendo que estaba haciendo una cosa que no era necesaria, puesto que la princesa no le miraba y que en vez de permanecer en pie podía muy bien estar sentado.

Por otra parte, el sonrosado color de la fiebre de la impaciencia subía ya al rostro de la marquesa, y dando un paso al lado de su otomana, y colocándose á la parte en que se encontraban los pies de la princesa, se puso frente á frente de ella.

Llamó con la mano al abate, quien vino también á colocarse á su lado.

— Ved aquí, dijo la marquesa, al señor abate Bouquemont, y espero me digáis si os dignáis aceptarle.

La circasiana abrió lentamente los ojos y advirtió que se había puesto en pie y á dos pasos apenas de su rostro, en

lugar del ángel blanco de su ensueño, un personaje vestido de negro, que le hizo el mismo efecto de un sepulcero que viniese á buscarla. Se estremeció en un principio, y después fijándose más lentamente en el abate, se sonrió; sonrisa de amarga tristeza que parecía expresar que la muerte no la era tan repugnante.

Sin embargo no respondió nada.

— Si ó no, princesa, exclamó la marquesa llevando al último punto su irritación; ¿aceptáis como confesor en lugar de monseñor Coletti, al señor abate Bouquemont?

— Si, murmuró por último con una voz tan apagada y con el mismo tono que si hubiera dicho: acepto cuanto queráis con tal de que os alejéis los dos y de que me dejéis morir en paz.

La marquesa se llenó de esperanza. El abate Bouquemont creyó también que había llegado el momento de obtener, por el uso de la palabra, la atención que la princesa le había rehusado durante sus movimientos, y dió principio á una homilía que la princesa escuchó con calma desde el principio hasta el fin, sin duda porque ni se fijaba, ni le entendía, no teniendo percepción según su costumbre material que para el cántico fúnebre que de continuo resonaba en su interior. La marquesa de la Tournelle, después de haber dicho: ¡Amén! se persignó devotamente, y dando otro paso más cerca de la princesa mientras el abate Bouquemont se retiraba, la dijo mirándola con cierto aire de prevención:

— Vuestra suerte está en manos del abate Bouquemont, y al decirnos vuestra suerte, comprendo también la de vuestra familia. Vos lleváis el nombre de una raza que ha sido durante algunos siglos un objeto de veneración para los cristianos. Se trata, por lo tanto, de examinar

porque todos somos mortales, si religiosamente tal ó cual acto de nuestra vida podrá censurarse cuando ya no seamos más que una sombra silenciosa sobre el blasón luminoso de nuestros antepasados. El señor abate Bouquemont es un hombre virtuoso, y debéis, princesa, antes de vuestra partida darle gracias del desinterés de que os da una prueba, encargándose de la difícil empresa que toma á su cargo.

— ¡Gracias! murmuró lacónicamente la princesa sin volver la cabeza.

— Citadle día para que converséis con él, continuó la marquesa indignada.

— ¡Mañana! respondió la mariscal de Lamothe-Houdón.

— Venid, señor abate, dijo Mad. de la Tournelle con el rostro enrojecido, y en atención á que la princesa os da las gracias que merecéis, recibid en su nombre y por mi las más ardientes expresiones de gratitud.

Después, haciendo una seña al abate, le condujo, diciendo con una voz seca y precipitada:

— Adiós, princesa.

— Adiós, respondió ésta con un tono en el cual era imposible distinguir la menor impaciencia.

Después, acercando una copa de cristal, en la cual se hallaba sumergida una cucharilla de granate, empezó á comer la acostumbrada conserva de rosa.